

ISMAEL DE TOMELLOSO - IN SILENTIO... 3ª Edición

(Páginas 146 a 157)

Aquí comienza Ismael el martirio del silencio como un ofrecimiento a Dios.

«Va oyendo las primeras frases compasivas, o los primeros insultos hirientes, o se le clava en el alma la risa burlona de los que le contemplan como derrotado. Les van tomando la ficha y cuando todos tienden a la exageración alegando méritos anteriores que les avalen, Ismael oculta su filiación como miembro de Acción Católica; más aún, hay entre los jefes del campo prisión alguno del pueblo, que sabe que Ismael se oculta y calla»¹²³.

«Cuando se procede a hacer la ficha, él sencillo se agrupa con todos. Ve que unos quedan libres por disculpas y méritos que los avalan; que otros, al callar, por no tener que alegar, son considerados como malos y sospechosos y quedan en calidad de prisioneros. Ismael decidió callarse.

—¿Su nombre?

—**Ismael Molinero Novillo.**

—¿Edad?

—**Veinte años.**

—¿De dónde es?

—**De Tomelloso (Ciudad Real).**

—¿Qué dice Ud. de sí mismo?

—**Nada...**

Él no se avala; con nada se disculpa. Allí mismo había un capitán de su pueblo, conocido y amigo suyo, y se oculta y no busca su protección¹²⁴. ¡Calla! Descubrir sus ideales y su personalidad en la Acción

Católica, lo hubieran libertado; pero Ismael estruja el corazón que llora sangre, que agoniza de torturas ¡y calla!, calla con aquel silencio santo y sublime que lo ató al sacrificio y al dolor.¡

¡Qué difícil es callar, para padecer!...

Ismael calla y sufre. Un relato sencillo de sus padecimientos en el frente, que pueden declarar ser verdad los demás prisioneros que como él se hallaron, puede ponerle en libertad; sin embargo él calla, “porque quería sufrir –son sus palabras– por Dios, por las almas y por España”. Siente su cuerpo minado por una pulmonía, sin duda cogida en las últimas vigiliás sobre la línea helada del frente; calla y nada dice hasta que la enfermedad le traiciona; aprieta entre sus manos el corazón, aunque sufra, aunque chorree sangre. Únicamente nos consta el hecho: el silencio¹²⁵, que providencialmente se rompió a tiempo, antes de que la muerte sellase irremediamente sus labios, para permitirnos admirar la grandeza de su sacrificio.

Hay un primer espacio de su vida de prisionero que no hemos podido iluminar con pormenores. Se le declaró la pulmonía que, mal curada, originó sin duda la enfermedad que consumió su, por otra parte, no robusta naturaleza; una tuberculosis que ocultamente al principio marchitó sus fuerzas y en los últimos momentos invadió señorialmente su organismo, calcinándolo con una fiebre tenaz, que mal combatida por escasos alimentos, fue haciendo fáciles y rápidos progresos.

Al mediar febrero fue conducido al Campo de Concentración en San Juan de Mozarrifar, junto a Zaragoza¹²⁶, y allí vivió en el anónimo hasta que la enfermedad que ocultamente le minaba, acabó de derribarle.

En aquel campo de concentración había un capellán celoso, don Ignacio Bruna, que iba de una sala a otra hablando a los prisioneros, consolando a los tristes, ayudando a bien morir a los que terminaban en la enfermería.

Un día se encontraba en uno de los pabellones en conversación con los muchachos, cuando un sanitario le llamó urgentemente para que asistiese a un prisionero gravísimo que acababa de ingresar en la enfermería; se sentía morir y quería reconciliarse con Dios.

Allá fue y veamos lo que, a vuela pluma, aprisiona en su diario el capellán para que no se le borre el recuerdo de aquel encuentro:

“En el campo de concentración de San Juan de Mozarrifar (Zaragoza), tuve ocasión de conocer a esta humilde violeta transplantada ya a los jardines del cielo. El día 18 de marzo de 1938, al hacer mi visita ordinaria a la enfermería, observé en uno de los enfermos una sublime actitud y como un nimbo de santidad. Me acerqué a él con respeto y cariño, haciéndole las preguntas de ritual para entrar en conversación:

–¿Cómo te llamas? ¿Qué tienes? ¿Cuánto tiempo hace que estás en este campo? ¿Qué deseas? Hizo confesión general de su vida y después hablamos un buen rato. Como yo le reprendiese amorosamente por no haberse dado a conocer antes, me respondió con sublime naturalidad.

–Padre, hace mucho tiempo que estoy aquí. Cuando usted entraba a visitarnos, sentía una emoción grandísima y cuando usted salía, me entristecía muchísimo; pero yo quería sufrir por Dios y por España, y comprendía que si usted me conocía, me quitaría esa ocasión o por lo menos mitigaría mi dolor. Ahora que me siento grave y usted nada puede hacer por mí, ya no importa.

Salí emocionado y me retiré para dejarle descansar pues se fatigaba, dado su estado de salud”.

Más tarde, a petición de quien conoció a Ismael y deseaba noticias detalladas de su enfermedad, amplió las impresiones de esta entrevista¹²⁷; oigámosle:

“¿Habéis contemplado detenidamente la imagen de san Luis? Fue la primera que vino a mi mente después de contemplar a aquel muchacho.

–Mire, Padre, voy a morir y quiero confesarme, si a usted no le molesta.

–Hijo mío, estoy a tu disposición en absoluto; prepárate para que lo hagas bien, y me avises cuando te creas dispuesto.

Abrió sus hermosos ojos, me miró dulcemente y musitó estas palabras:

*–Estoy preparado, pero habrá de tener mucha caridad conmigo.
Estoy muy mal.*

Una hora aproximadamente duró su confesión. El sigilo sacramental no deja correr mi pluma; me he de limitar a narrar la conversación habida después de la confesión.



Edificio que fue Campo de Prisioneros en San Juan de Mozarrifar, en Zaragoza.



Don Ignacio Bruna

–¡Qué feliz me siento, Padre mío! Hábleme de sufrimiento, de tribulaciones y de cruces, porque son mi sueño dorado y fue-ron realidad viva en mí, principalmente desde que comenzó la guerra. ¡Qué bien comprendo ahora, Padre, las palabras que tantas veces nos repetía nuestro Consiliario de Acción Católica: “Hijos míos, sabed que los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazones vacíos y solitarios”. ¡Y qué solitario está el mío! Ni padres, ni amigos, ni honores, ni riquezas, ni consuelo humano alguno... No obstante, ¡soy feliz!

Como le augurara un futuro halagüeño, si Dios quería salvar-le, se incorporó en el lecho, miró al crucifijo que presidía el local, apuntó con el dedo y dijo:

–No quiero nada con el mundo. Soy de Dios y para Dios; si muero seré totalmente de Dios en el cielo y si no muero... ¡quiero ser sacerdote!

–¿Qué dices, Ismael? Tú deliras, pequeño.

–Padre, no deliro. ¿Tampoco tendré la satisfacción de que usted me crea? Sí, quiero ser sacerdote y de los buenos, de los que sirven a Dios de balde, ni mercenario, ni asalariado. Quiero vivir absorbido en Él, perdido en la inmensidad de Él y a Él totalmente entregado. Ni egoísmo, ni dinero, ni comodidades, ni familia, ni honores, ¡sólo Cristo!

Cerró los ojos, no para dormir, sino para meditar; yo los abrí para llorar emocionado, y le dije:

–¿Acaso ignoras que ser sacerdote es vivir sacrificado¹²⁸ en todo momento?

–¡Ah!, ya. Pero dígame; aunque no se vea su trabajo, aunque no aparezca el fruto, aunque se critique su actitud, ¿lo hace por Dios?

–Claro que sí.

–Entonces, todo está bien.

Yo, sacerdote, con varios años de ministerio, quedé admirado, y avergonzado del espíritu de aquel joven, muy superior al mío. Él continuó hablando:

–Mañana, cuando comulgue, consumaré la obra de desprendimiento que hace días empecé y no he podido terminar. En Cristo dejaré mis caprichos, mis gustos, las exigencias de mi flaca naturaleza.

–¿Hace mucho que estás con nosotros?

–Aquí en San Gregorio, dos meses y medio¹²⁹.

–¡Oh!, ¡dos meses y medio! ¿Por qué no te diste a conocer y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato y, sobre todo, te hubiera consolado? O ¿acaso no me has visto nunca?

–Sí, padre; le he visto. Entraba usted en nuestra celda con mucha frecuencia; le escuchaba con muchísimo gusto y cuando marchaba le besaba la sotana sin que usted ni mis compañeros se enterasen. Poco me hubiera costado mejorar mi situación, hablando a usted; y alguna vez tuve el propósito de hacerlo que, gracias a Dios, rechacé, como una tentación, puesto que así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España. Hoy cuento a usted todas estas cosas, porque voy a morir y ya nada puede hacer en mi favor... Me encuentro fatigado, ya continuaremos hablando después¹³⁰.

La respiración fatigosa del enfermo y la tos débil, seca, pero frecuente, movieron al sacerdote a alejarse, aún cuando la conversación sublime de aquel muchacho le clavaba junto a su cabeza para escuchar extasiado.

Cuando volvió el Capellán encontró a Ismael mirando el crucifijo que presidía la enfermería. Suavemente volvió su cabeza, para fijar su vista en el interlocutor y acogerle con una sonrisa.

–¿Cómo te encuentras, Ismael?

–Soy feliz, Padre. ¡Que felicidad tan grande siento! ¿Es posible este consuelo que Dios me da? ¿Qué será el cielo, si aquí me siento tan feliz? ¡Oh Padre! ¡Cuántos hombres viven sumidos en la lóbrega oscuridad, atados con las cadenas del vicio, porque no tienen una mano amiga que les saque de tan funesto estado! ¡Cuántos se lanzan al arroyo que hubieran sido santos, si en su camino hubieran encontrado otros

santos...! La Providencia fue pródiga conmigo. Aunque educado cristianamente, me hubiera perdido sin remedio. Mi carácter fogoso, mi espíritu agitado y violento me empujaban con fuerza irresistible hacia los placeres del mundo, en los que me habría revolcado, si otro joven de mi pueblo no se hubiera puesto a mi lado para ejercer conmigo la tutela del ángel. Él fue la primera célula de la Juventud de Acción Católica que el Consiliario fundó en el pueblo. Él nos buscó; él empezó a formarnos, él nos enseñó a conocer el valor del sacrificio; él, en fin, nos preparó para el martirio. Y si todos no derramamos la sangre por Jesucristo, fue porque el Señor no quiso concedernos esta gracia tan grande. Todos la ofrecimos generosamente; ni uno huyó, y los que murieron, lo hicieron valientemente. Yo le pedía al Señor me diera fortaleza para beber el cáliz del martirio; pero... la fruta no estaba madura para entrar tan pronto en el cielo; no ceñí la corona, ni empuñé la palma y esto fue para mí más duro que el mismo martirio.

Y continuaba.

—¡Hacen falta santos! Nuestro asesor religioso nos animaba los jóvenes a serlo. Él murió como un santo, murió mártir. Poco tiempo antes nos decía: “la tempestad ha roto el dique de la disciplina social, el león de la revolución ruge, porque faltan manos santas que atusen sus melenas. Hay sobrado materialismo en nuestra época, porque faltan santos. Hay que prepararse a morir como el Maestro; nuestra sangre no será infructuosa”. Después pude comprobar en el ejército y en las trincheras, el desconocimiento horrible de la religión en las masas, la falta de fe, el odio a Cristo. Ya le hablaré de esto, cuando haya descansado un poquito... ¡Qué cerca tuve la palma! ¡Qué martirio para mí no haber sido mártir! ¡Qué envidia me dan los jóvenes de Acción Católica que han muerto mártires! ¡Se hizo la voluntad de Dios, bendito sea!

En otro rato de respiro habló de la Virgen; Ismael la quería con delirio.

—¡La Santísima Virgen del Pilar! ¡Dos meses en la España de Franco, en la España de la Virgen sin besar el santo Pilar! Es horrible. Hábleme del Pilar, ya que no puedo ir yo, visítela en mi nombre... Padre,

como recuerdo de estas cosas que me ha dicho querría que me diese un escapulario de la Virgen Santísima del Pilar.

“A falta del escapulario del Pilar, y de escapularios pequeños del Carmen – dice el Capellán– le puse uno de tamaño grande, que no habría dado a nadie en el mundo, era un recuerdo de misanta madre que llevaba siempre conmigo. Lo puse sobre su pecho y me lo agradeció con un tierno y cálido beso...”

–Serviré a España en el anónimo, ofreceré a Dios todas las molestias de mi enfermedad y lo penoso de mi sacrificio. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de sangre por la fe, pero sí el abandono, el lento sufrir, la angustia de morir con la ausencia de mi santamadre»^{131 132}.

«Lloraba emocionado –agrega el capellán–, limpié sus lágrimas, estampé un beso en su frente de ángel y me retiré»¹³³.

Don Ignacio Bruna elogia así al buen Ismael:

«“He visto muchos que ostentan sobre sus pechos medallas y condecoraciones; caballeros mutilados; caballeros de España y los contemplo con cariño, porque todos ellos aportaron grandes sacrificios por la salvación de la Patria. En Ismael no vi condecoraciones, ni medallas, ni cruces y conste que las tenía. ¿Cuáles eran sus cruces? Semejantes a las del Crucificado. Llagas en todo su cuerpo, carencia de todo, privación del consuelo humano”¹³⁴.

El médico del campo, viendo que la enfermedad de Ismael era grave, pues ya tenía “cogidos los dos pulmones, con reblandecimiento de los mismos por necrosis caseosa y descomposición, que eliminaba con vómitos frecuentes”, decidió mandarlo a Zaragoza, a un hospital. Dada su gravedad podía ir a Torrero o al Clínico. Preparóse su evacuación. Él llamo al capellán. Triste acudió don Ignacio y, sabido del sitio a donde era llevado, escribió una recomendación para el capellán de allí. Decía así:

“Estimado compañero en Cristo: Ismael Molinero pasa a ese Hospital. Es un excelente joven. Conferencia con él y lo verás. Desea comulgar mañana. No le abandones. Si hay Hermanas, que lo atiendan espiritualmente.

Affmo. en Cristo. Ignacio Bruna. San Gregorio, 18-marzo-38”.

Ismael sintió la partida. El capellán, que lo admiraba, sufrió una cruel desilusión. Más tarde, cuenta cómo recuerda a Ismael:

“Cuando mi celo tropieza con corazones duros y desagradecidos, traslado mis recuerdos a la enfermería de ese campo y a aquella fecha del 18 de marzo y me parece ver la figura de aquel ángel, que sólo sabía sonreír, y que me dice: “Padre, adelante, yo lo bendigo desde el Cielo”. En su dietario, que escribió un día de aquellos, apunta: “¿Habrá muerto? ¿Vive todavía? Lo ignoro; tengo presente su nombre Ismael, y sus virtudes”.

Cuando el buen capellán llegó a casa de la patrona aquella noche, dijo a los que allí había: “¿Con qué gusto me cambiaría por uno de los que van a morir!»¹³⁵.

La tarde del 18 de marzo de 1938 una ambulancia trasladó a Ismael al Hospital Clínico de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

En la subida de Ismael al Calvario se ve que Satanás intenta seducirle con el ensueño de una falsa libertad y de agradables privilegios, cuando el capellán, nada más conocerlo, le reprendió amorosamente por no haberse dado a conocer antes: *“¿Por qué no te diste a conocer a mí y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario, y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato?”.*

Ismael respondió que lo había rechazado **“como una tentación”**. Como todo lo que le pudiera apartarle de ser fiel a la voluntad de Dios: vivía desprendido, liberado, redimido. Se ofrecía a Dios en silencio, más aún después de haber recibido el sacramento de la reconciliación y, con él, la fuerza para consumir la obra que había empezado y aún no había concluido; por eso le contesta:

–“Así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España”.

Roto el silencio en la confesión, se desbordó la alegría.

VER NOTAS DE PIE DE PÁGINA, DESDE LA 123 A 135

123. Florentino del Valle. O. c. Pág. 51.

124. El Capitán de Caballería Francisco Vázquez López Ortega era natural de Tomelloso, amigo de la familia de Ismael. Fue profesor en la misma y fue profesor de equitación después de la guerra en la Academia General Militar de Zaragoza y llegó a General, pero Ismael no quiso darse a conocer. Según el hoy Coronel retirado Luis Alcalá Galiano (ver página 212) fue profesor suyo en los cursos 1942-1943 y 1943-1944 y como el Coronel Vázquez era del cuerpo de Caballería, lo que justifica su presencia en Alfambra, en cuya batalla tuvo una intervención que fue definitiva y que fue la última vez que ha intervenido el Cuerpo de Caballería en una batalla.

125. N. del A.: Hay un texto contado por Francisca Javiera del Valle, costurera en el Colegio de los Jesuitas de Carrión de los Condes (Palencia) que aparece publicado en el Decenario del Espíritu Santo, Biografía de un alma, por Martín Alonso, cap. XIV, c), páginas 148 ss., Selección de escritos inéditos. Recogimiento y silencio exterior. Ediciones Rialp, Madrid. Puede ayudarnos a comprender el misterio del silencio de Ismael: «Este recogimiento y silencio exterior es de suma necesidad para el recogimiento y silencio interior; este recogimiento interior tiene algo parecido en el modo de formarse, crecer y desarrollarse a la nuez; la nuez mientras la cáscara no está hecha, la nuez no empieza a formarse y dentro de esa cáscara, allí la nuez crece y se desarrolla. El recogimiento y silencio exterior es de suma necesidad; su práctica para formarse, crecer y desarrollarse en nuestra alma de recogimiento interior, medio por donde el alma adquiere la soledad en donde se ha de poner y alegremente vivir, si quiere atraer hacia sí las miradas amorosas del más fino de los Amantes; este recogimiento y silencio exterior hemos de darnos cuanta prisa podamos para cuanto antes adquirirlo y tenerlo en posesión, y digo en posesión, porque aunque trabajemos por tenerlo mientras que con toda la entereza de nuestra voluntad no pretendamos, en posesión no lo adquirimos; porque este recogimiento y silencio exterior que tan pronto se pronuncia no tan fácilmente se adquiere, porque el adquirir este recogimiento y silencio exterior es hacer lo que se hace cuando hay quema dentro de una casa, que empiezan a tirar todo cuanto hay dentro de ella por las ventanas, y al punto lo sacan todo, y la dueña de la casa empieza a mirar los muebles y dice: ¡ay! ¡Qué bien colocado lo tenía yo!, ¡cuánto me costó el adquirirlo!, y lo mira y remira, con tanta pena; y debía alegrarse porque

si no la despojan así la casa, todos los muebles se la hubieran quemado. Pues así nos pasa a nosotros con el recogimiento y silencio exterior; qué bien tan grande nos resulta del poco trato con las criaturas, de cuántos sinsabores y disgustos nos libramos, de cuántos quebraderos de cabeza, de cuántas ofensas a Dios. De todo esto estamos libres si en recogimiento y silencio vivimos y si con entera voluntad el mundo dejamos, ¡cuánto no goza el alma al hacer tal separación!, pero nosotras no somos así, pues una de dos, a decir a Dios con todas las veras de nuestra alma que le queremos servir y amar, y a todo vencimiento nos abracemos con entera voluntad, o no; si es que no, ¿por qué decir que buscamos y de-seamos la santificación de nuestra alma?, y si de verdad lo queremos y buscaos a despojar nuestra alma de todo, a la manera que se despoja una casa cuando hay quema, que en muy poco tiempo se saca todo; todo está en que aquello que queremos, lo queramos de veras; si lo queremos con entera voluntad ya está todo vencido; lo que resta hacer no cuesta. La separación de las criaturas cuando hay buena voluntad, es cosa fácil dejarlas, si a Dios quieres y buscas de veras, mira un medio que has de poner por obra para adquirirlo; imita en esto a los del mundo cuando aman, mira que no perdonan medio alguno para lograr estar solos; ellos no tienen libros que le enseñen a amarse, y se aman. No hay sacrificio que les cueste, porque donde hay amor todo sacrificio está vencido; y el amor de Dios, que engendra prudencia y discreción, yate dará la prudencia y discreción que necesitas para hacer tu separación de las criaturas sin ser notada, y guardar silencio sin ser conocida. Nunca preguntes nada de lo que pasa, ni te fijes en lo que en conversación estén hablan-do, ni seas curiosa por cosa alguna que pase; tú, a tu cuento, que no ha de ser otro que amar y más amar, para lograr amor y más amor; y si quieres este amor, pronto las criaturas te causarán grande desabrimiento, y sin costarte gran cosa a la naturaleza, las dejarás a todas y vivirás muy felizmente en tu recogimiento y silencio exterior, que es el camino por donde siempre has de ir, y recibirás la bienaventuranza que dan anticipada al que por aquí camina. El Señor nos dé su gracia, que con ella, todo se vence y todo se alcanza. ASÍ SEA».

126. N. del A.: La zona se conoce como San Gregorio, por lo que también lo llaman Campo de Concentración de San Gregorio. Es un magnífico edificio de cuatro plantas donde había habido una fábrica.

127. N. del A.: Se refiere a la enfermera del Hospital Clínico de Zaragoza, Aurora Álvarez, que tomó las notas directas del Capellán, las unió a las que ella escribió y se las entregó a don Clemente Sánchez y al Padre Martín Brugarola, S.J., además de las que ella escribió, que a su vez se las entregó al Padre Florentino del Valle, S.J.

128. N. del A.: Dice crucificado en vez de sacrificado, en la Revista “La Vida Sobrenatural” de Mayo de 1942, dedicada a Ismael Molinero Novillo, “El Miliciano Santo”. Revista fundada en 1921 por el Padre G. Arintero, O.P. Notas que cita el autor en el párrafo anterior, Nota 127.

129. N. del A.: Llevaba poco más de un mes pero había debido perder la noción del tiempo.

130. La Vida Sobrenatural. págs. 220-222.

131. La Vida Sobrenatural. Pág. 223-224.

132. Florentino del Valle. O. c. Págs. 51-58.

133. A. Martín de Bernardo. O. c. Pág. 154.

134. La Vida Sobrenatural. Pág. 224.

135. Alberto M. de Bernardo. O. c. Pág. 156.